

Homilía de Domingo de Ramos

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Realmente este hombre era Hijo de Dios”

Introducción

Con el domingo de Ramos comenzamos la Semana Santa, la Semana grande. No convendría que esta semana perdiésemos la perspectiva de lo verdaderamente importante y nos quedásemos en las manifestaciones externas, mezcla de folklore popular, arte, y sensibilidad religiosa. Estas cosas son legítimas y buenas, pero siempre que no sean una pantalla que impida vivir el acontecimiento central de nuestra fe, a saber, la muerte y la resurrección de Cristo. Los humanos somos así: necesitamos de lo sensible, de lo externo, de lo corporal y de lo festivo, para manifestar nuestros sentimientos. Pero no podemos quedarnos en lo externo. Debemos ir más allá, para buscar un encuentro personal con el Jesús que nos salva. Esta semana será santa en la medida en que nosotros nos hagamos santos. La liturgia de este domingo de Ramos comienza haciendo memoria de la entrada de Jesús en Jerusalén, montado sobre un borrico. No entra sobre un caballo, propio de los guerreros. Entra sobre un borrico, animal manso y pacífico, porque Jesús viene en son de paz. Luego escucharemos el relato de la pasión según san Marcos. En este momento, en el que las fuerzas del mal buscan deshacerse del príncipe de la paz, Jesús sigue siendo coherente con sus designios de paz. Por eso no responde al mal con el mal, ni al insulto con el insulto. En su pasión no profería amenazas.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Isaías 50, 4-7

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salvazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo

Sal. 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24 Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». R/. Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. R/. Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R/. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. «Los que teméis al Señor, alabado; linaje de Jacob, glorificado; temedlo, linaje de Israel». R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses 2, 6-11

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Evangelio del día

Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Marcos 15, 1-39

Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes con los ancianos, los escribas y el Sanedrín en pleno, hicieron una reunión. Llevaron atado a Jesús y lo entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: S. «¿Eres tú el rey de los judíos?». C. Él respondió: + «Tú lo dices». C. Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Pilato le preguntó de nuevo: S. «¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan». C. Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba extrañado. Por la fiesta solía soltarles un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los rebeldes que habían cometido un homicidio en la revuelta. La muchedumbre que se había reunido comenzó a pedirle lo que era costumbre. Pilato les preguntó: S. «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». C. Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás. Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó: S. «¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?». C. Ellos gritaron de nuevo: S. «Crucifícalo». C.

Pilato les dijo: S. «Pues ¿qué mal ha hecho?». C. Ellos gritaron más fuerte: S. «Crucifícalo». C. Y Pilato, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. C. Los soldados se lo llevaron al interior del palacio —al pretorio— y convocaron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le ponen una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: S. «¡Salve, rey de los judíos!». C. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo. C. Pasaba uno que volvía del campo, Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo; y lo obligan a llevar la cruz. Y conducen a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), C. y le ofrecían vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucifican y se reparten sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era la hora tercia cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: «El rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. C. Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: S. «Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz». C. De igual modo, también los sumos sacerdotes comentaban entre ellos, burlándose: S. «A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos». C. También los otros crucificados lo insultaban. C. Al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: + «Eloí Eloí, lemá sabaqtaní?». C. (Que significa: + «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»). C. Algunos de los presentes, al oírlo, decían: S. «Mira, llama a Elías». C. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo: S. «Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo». C. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. C. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: S. «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios».

Pautas para la homilía

La homilía podría comenzar exhortando a los fieles a hacer real el calificativo de “santa” que tiene esta semana, invitándoles a participar activamente en las celebraciones, sobre todo en los actos litúrgicos y en alguna celebración comunitaria de la penitencia, que tendría su momento apropiado el martes o el miércoles santo. Un modo de hacer “santa” esta semana es vivirla desde la conversión, la vuelta a Dios, y el agradecimiento por todos los bienes salvíficos que nos han venido con Jesucristo.

El relato de la pasión según Marcos está lleno de contrastes. Comienza con uno de los “temas” principales de la predicación de Jesús, a saber, el amor al dinero, que nos insensibiliza ante los bienes del Reino. Los que critican a la mujer por haber comprado un perfume caro para honrar a Jesús no están en realidad preocupados por los pobres. La mujer criticada ha entendido que todo lo que se gasta para manifestar amor y solicitud por Jesús y por los pobres en los que Jesús se hace siempre presente, es un buen gasto, que complace a Dios. En contraste con este buen gasto, los sumos sacerdotes emplean el dinero para pagar al traidor, hacer daño a Jesús y matarlo.

Un segundo contraste aparece en la cena de Pascua que Jesús celebra con sus discípulos: “os aseguro que uno de vosotros me va a entregar”. Y, sin embargo, Jesús entrega su cuerpo y su sangre, su vida toda, también en beneficio de aquel que le entrega. Porque Jesús muere, como diremos luego en la liturgia eucarística “por todos los hombres para el perdón de los pecados. Por “todos”, también por los que le crucifican, sino no estarían “todos”. En el contexto de la traición de Judas, los otros discípulos se hacen los valientes, dispuestos a morir con Jesús. Pero cuando los sumos sacerdotes, llegan para prenderle “todos le abandonaron y huyeron”. Judas es el paradigma de nuestras traiciones, Pedro y los otros discípulos el paradigma de nuestras cobardías. Pero Pedro es también el paradigma de nuestros arrepentimientos y de nuestra vuelta a Jesús. Pedro no puede disimular que es de los suyos, incluso cuando le niega. El diálogo que mantiene con la criada del sumo sacerdote es significativo. “Se te nota demasiado que eres de los suyos”, viene a decirle la criada. Este diálogo podría provocar en nosotros esta oración: “Señor, ayúdanos, cuando te neguemos, a hacerlo tan mal, que en este hacerlo mal, esté el principio de nuestra vuelta a ti”.

Contraste también entre las acusaciones incoherentes de las que es objeto Jesús y su silencio. Solo responde a la pregunta fundamental, formulada por el Sumo Sacerdote: ¿Eres tú el Mesías? Pero el Sumo Sacerdote no entiende nada. Ve una blasfemia donde Jesús le indica el camino de la salvación del mundo. Algo parecido ocurre en el diálogo con Pilato: tampoco entiende qué tipo de realeza es la de Jesús. Y aunque, en el fondo, el gobernador romano está convencido de la inocencia de Jesús o, en todo caso, no está seguro de la fuerza de las acusaciones, “queriendo dar gusto a la gente”, o sea, al populacho manipulado por las autoridades judías, suelta a Barrabás y entrega a Jesús para que lo crucifiquen. La conciencia de Pilato, convencido de la inocencia de Jesús, pasa a un segundo plano cuando se trata de conservar el poder. Hay algo en esta actitud que nos toca de cerca: las presiones del ambiente pueden ser muy poderosas, pero nunca deben ahogar nuestra conciencia de cristianos.

Con Jesús crucificado “toda la región quedó en tinieblas”. Y, sin embargo (otro contraste y éste fundamental), en medio de tanta oscuridad y sin sentido aparecen signos de esperanza. Un pagano, el centurión romano, “al ver cómo había muerto” (había muerto como había vivido, había muerto amando, sin insultos, ni amenazas, ¡perdonando a sus enemigos!, como dirá el evangelio de Lucas), confesó: “Realmente este hombre era Hijo de Dios”. Otro signo de esperanza: “unas mujeres miraban desde lejos” y cuando un hombre bueno, José de Arimatea, se hace cargo del cadáver, estas “mujeres observaban dónde lo ponían”. Tener la vista siempre fija en Jesús, sean cuales sean las circunstancias, es mirar hacia el lugar del que puede surgir la vida. Nosotros hoy, los aquí presentes, estamos invitados a identificarnos con el centurión y “al ver cómo ha muerto” y cómo ha vivido, al recordar su obra y su mensaje, confesar nuestra fe en Jesús, Hijo de Dios, salvador del mundo. Y estamos invitados a identificarnos con las mujeres, que nunca pierden de vista a Jesús, porque saben que en él está su única esperanza de salvación; él es la referencia a la que acudir, también en la hora de nuestras muertes.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Evangelio para niños

Domingo de Ramos - 1 de abril de 2012



Entrada triunfal en Jerusalén

Marcos 11, 1-10

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Se acercaban a Jerusalén, por Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, y Jesús mandó a dos de sus discípulos, diciéndoles: - Id a la aldea de enfrente, y cuando entréis, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, contestadle: "El Señor lo necesita", y lo devolverá pronto. Fueron y encontraron el borrico en la calle atado a una puerta; y lo soltaron. Algunos de los presentes les preguntaron: - ¿Por qué tenéis que desatar el borrico? Ellos les contestaaron como había dicho Jesús; y se lo permitieron. Llevaron el borrico, le echaron encima los mantos, y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros contramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás, gritaban: - ¡Viva, bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Viva el Altísimo!

Explicación

Jesús entró en Jerusalén montado en un asno y fue aclamado por toda la gente que le recibió diciendo: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor Dios!. ¡Bendito el que viene a salvarnos! Los amigos de Jesús, de todos los tiempos y lugares, celebramos una vez al año esta fiesta del Domingo de Ramos y nos preparamos para vivir con él la semana más importante de los amigos de Jesús, que se llama Semana Santa.